

de familias ilustres en calidad de voluntarios en los cazadores de á caballo, otro para comprometer á los jóvenes de todas clases á servir de cazadores de á pié en los regimientos de infantería. Con efecto, la opinion pública se sublevó de que se hiciera distincion que abriera las filas del ejército á unos y las cerrara á otros, solicitando todas las clases contribuir á lo que llamaban la emancipacion de Alemania. De un vértigo general se sintieron acometidas las cabezas ya en fermentacion antes, al ser público este doble alistamiento. De todas partes acudieron á Mr. de Goltz, único ministro prusiano que se habia quedado en Berlin, y preguntáronle violentamente, como en los días de revolucion se hace, á favor y en contra de quien pedía el monarca la ayuda de sus súbditos, añadiendo que en un caso estaban prontos á levantarse todos como un solo hombre, y ninguna dificultad ofrecia adivinar que este caso era aquel en que el rey quisiera emplear su adhesion contra el opresor de Alemania, contra Napoleon. Mr. de Goltz, que conocia la situacion perfectamente, y no ignoraba cómo debia hablar y conducirse, les respondió exhortándolos á confiar en la prudencia y el patriotismo del rey, á poner á su cuidado los intereses de la patria, y darle sus brazos dejándole en libertad de disponer de ellos segun le pareciese mas provechoso. Mientras Mr. de Goltz guardaba esta reserva, sus ojos y su semblante expresaban lo que no se atrevia á decir su boca, y le abandonaron los de la muchedumbre para alistarse. Además, donde quiera habian divulgado los agitadores de las sociedades secretas que era necesario armarse; que el rey, indeciso entonces,

no lo estaria largo tiempo; que mas tarde ó mas temprano le arrastraria la corriente y cuanto mas fuerte se sintiera y rodcado de sus súbditos armados mas se decidiria á seguir las inclinaciones de su corazon que le empujaba á consagrarse á la emancipacion de Alemania. Bajo estos vigorosos impulsos se alistó la joven nobleza en los cazadores de á caballo, y apresuróse á sentar plaza en los cazadores de á pié la juventud del estado llano, de las escuelas y del comercio. Al cabo de poco se hallaron vacias las universidades y las tiendas, y hubo necesidad de suspender los cursos públicos. Por sí misma se equipaba la nobleza: donativos voluntarios, convertidos en obligatorios por las tarifas enviadas á los principales comerciantes, servian para equipar á los jóvenes faltos de recursos. Armas les suministraban los arsenales del Estado. Para completar la semejanza con los primeros días de nuestra revolucion, todos los hombres se pusieron una escarapela, que era negra y blanca. Ninguno osara á descuidarse de poner este simbolo de union en su sombrero, pues se le tuviera por ciudadano tibio ó enemigo de su patria.

Sabiendo el rey de Prusia este entusiasmo de sus súbditos en Breslau, y presenciándolo además en la Silesia, sentíase á la par alegre y alarmado, alegre con la idea de hallarse pronto á la cabeza de una fuerza considerable, alarmado de estar prensado entre los suyos y los franceses, constreñido á declararse por los unos ó por los otros, sin saber de que lado se encontrarían la restauracion y la independencia de Prusia. En esto llegaron las respuestas de París y halláronle pésimamente dispuesto á oirlas con paciencia. Este principe excelente, á

semejanza de todos los caracteres inertes y contenidos de ordinario, tenia momentos en que se emancipaba de sí propio y parecia otro hombre. Indignose de que se le disputara la suma de noventa y cuatro millones gastada para las tropas francesas, de que se le negara un dinero que le hacia tanta falta, de que se le retuvieran sus plazas del Oder y del Vistula, que le fueran tan provechosas para decidirse con mas seguridad entre los franceses y los rusos, y sobre todo, de que se le rehusara hasta la facultad de entrar en relaciones ostensibles con el emperador Alejandro. Mucho empeño tenia efectivamente en abocarse sin demora con este monarca; en primer lugar, porque autorizados á entremeterse los austriacos, ya habian enviado agentes diplomáticos á Wilna y á Londres, en segundo, porque anhelaba desviar á los ejércitos beligerantes de la Silesia, y finalmente, en tercero, porque veia en Koenigsberg al baron de Keim, al general de York y á los agentes rusos gobernar la provincia, convocar los estados, obrar sin intervencion suya y eventualmente en su contra, prescindir en suma del soberano, y conducirse como si estuvieran prontos á segregarse de la monarquia prusiana en el caso en que él no se adhiriera á los coaligados. Aturdido Federico Guillermo queria pedir cuenta á Alejandro de estos procederres respecto de un amigo, respecto de un aliado, cuyos infortunios habia causado en otro tiempo, y cuyos crueles apuros debia comprender ahora. Al lado de Alejandro quisiera enviar á Mr. de Knesebeck, el mismo á quien encargó el año anterior que fuera á explicar y justificar en San Petersburgo su tratado de alianza con Napoleon, y que, autorizado ó no

autorizado, se habia excedido con mucho de los límites á que debiera circunscribirse para permanecer leal respecto de Francia. Sin duda Federico Guillermo pudiera despachar á Mr. de Knesebeck en secreto, bien que se descubriera muy en breve, pues en la expansion de su júbilo no dejaban los agitadores de Koenigsberg de publicarlo, y se cogiera al rey en infraccion de su alianza con Napoleon, y de consiguiente en un mal paso, si se abria la campaña con una nueva victoria de Jena. Así Federico Guillermo hubiera querido alcanzar, además de la restitucion de su dinero y de sus plazas, la facultad de enviar un agente ostensible cerca de Alejandro.

A la sazón el monarca de Prusia ofrecia el espectáculo de un rey honrado, colocado entre su conciencia y el interés de su corona, y se hallaba cruelmente atormentado por la una y el otro. Aunque poco demostrativo de costumbre, esta vez hizo alarde de mas ira aun que la que realmente sentia, manifestando que ya no podia aguantar mas tiempo; que se le oprimia; que se le rehusaba lo que se le debia indisputablemente, al negarle los noventa y cuatro millones reclamados; que se habia contraído respecto de su persona el compromiso de pagarle dentro de tres meses, y eran pasados mas de seis desde que se hicieron los suministros; que, reteniendo sus plazas, dadas en prendas hasta que se desempeñase de sus deudas, se violaban los tratados y su territorio, puesto que ya no debia nada; que el disputarle la facultad, propia de toda potencia independiente, de negociar con un estado vecino, se le trataba como á un príncipe dependiente y falto de libertad para sus determinacio-

nes; que, si aun se pudiera protegerle, si se conservara el Niemen ó el Vistula, habria pretexto para estorbar toda conferencia con Rusia; pero que, habiendo perdido el Niemen, despues del Niemen el Vistula, y estando en visperas de perder el Oder, se resentia de injusto y de fuera de razon el impedirle que negociara, al menos por la neutralidad de su real residencia.

Despues de meter gran ruido con estas razones, de manera de preparar una excusa á todo evento, sin publicarlo ni ocultarlo, despachó el rey á monsieur de Knesebeck para el cuartel general ruso, y desde este dia se puede decir que cambiaba una alianza por otra. Aun no se habia fijado en el mérito de su resolucion, no sabia si acertaba ó erraba, si renovaria la falta de 1806, si el movimiento á que asistia se asemejaba al que habia precedido á la batalla de Jena, y si le seguirian los mismos reveses. ¡Con efecto, es tan árduo distinguir entre lo presente y un pasado que se le parece bajo muchos aspectos, y penetrar en este presente lo que de nuevo ha ocultado la Providencia! Pero Federico Guillermo veia á los franceses retirarse paso a paso del Niemen al Vistula, del Vistula al Oder, á los rusos avanzar en su seguimiento, á sus súbditos llamarle á grandes voces, próxima la cuestion á resolverse de hora en hora sin intervencion suya, y no esperando ya de su razon las luces que no podia darle, se puso á aguardar toda luz y toda determinacion de los mismos sucesos. Además, su corazon de ciudadano y de rey estaba con aquellos alemanes, que prorumpian en mil gritos y levantaban mil brazos por la independenciam de Alemania, y si aun le retenia algo, solo era el temor de

agrar la esclavitud de esta Alemania que le era tan querida.

Todos los prusianos conocian el secreto de este corazon real y se lo significaban á los rusos. Monsieur de Knesebeck no podia menos de repetirselo á Alejandro. Se necesitaba marchar adelante, y obligar al cuartel general francés á retrogradar de Posen á Francfort junto al Oder. Se necesitaba tambien marchar sobre Varsovia, de Varsovia sobre Cracovia, y envuelta asi la Silesia por sus dos extremidades, caeria con su rey en manos del emperador de Rusia. Se necesitaba mas todavía, se necesitaba avanzar no solo sobre el Oder, sino tambien sobre el Elba, librar á la derecha á Berlin y á Hamburgo, á la izquierda á Dresde, y asi, además de la Prusia, que se levantaria como un solo hombre, se lograria la libertad de las provincias anseáticas, de Hannover, de Westfalia, que nada mas esperaban que una ocasion para insurreccionarse; de Sajonia, que no pedia otra cosa que ser arrancada de la carrera azarosa á que Napoleon la habia precipitado, y quizá asimismo de Wurtemberg y de Baviera, y lo que era mil veces mas importante, se eximiria á Austria de los vínculos con que la política y un parentesco mal entendido la tenian aun atada.

Los militares reflexivos, y el príncipe Kutusoff á su cabeza, desaprobaban una marcha tan atrevida, porque era imposible dejar á la espalda á Danzick y Thorn, guarnecidos por treinta mil hombres, á Stettin, Custrin, Glogau, Spandau, custodiadas por otros tantos, sin bloquear al menos estas plazas, en cuyo caso no se podia proseguir la campaña mas que con una parte débil de fuerzas.

Efectivamente habia que dejar delante de las plazas del bajo Vistula cuarenta mil hombres á la derecha, de veinte á treinta mil á la izquierda delante de Varsovia y de los austriacos, y de consiguiente solo quedarian cincuenta mil para las operaciones ofensivas contra los franceses, á quienes, empujándolos hácia el Elba, se les prestaria el servicio de obligarlos á reconcentrarse, de manera que se debilitarian los coaligados al par que se reforzaran sus enemigos. Invencibles aquellos detrás del Niemen, mucho menos junto al Vistula, nada junto al Oder, serian incapaces de vencer junto al Elba. Demencia era por tanto irse á exponer de tal suerte al primer salto de este leon irresistible, contra el cual solo se habian alcanzado, triunfos evitando sus embestidas.

Estas razones, nada políticas, si bien militares hasta lo sumo, no hallaban mas que oidos rebeldes entre los alemanes entusiastas y entre los rusos entusiasmados á su turno; y verdaderamente hay dias, muy raros sin duda, en que la pasion tiene mas razon que la razon misma. En efecto se respondia que los franceses se hallaban encerrados dentro de las plazas y no saldrian de ellas; que los prusianos y veinte mil rusos cuando mas bastarian para contenerlos; que á la izquierda estaban los polacos consternados, prontos á aceptar de Alejandro una restauracion de su patria, que ya no esperaban de Francia; que los soldados austriacos bebian cotidianamente con los soldados rusos; que se retiraban muy gustosos delante del cuerpo mas insignificante encargado de seguirlos; que por tanto se tendrian lo menos ochenta mil hombres para marchar adelante; que no contaba

ni veinte mil el príncipe Eugenio; que los veinte y cinco ó treinta mil franceses reunidos en Berlin se encontraban amenazados por todas partes, y se sostenian á costa de mil trabajos; que la mas simple demostracion obligaria al cuartel general francés á retrogradar de Posen á Francfort, de Francfort á Berlin, de Berlin á Magdeburgo, y que allí se levantarían millares de alemanes para obligarles á continuar retrogradando; pero que, aun sin pretender ir tan lejos, de positivo libertando á Posen y á Varsovia, dando un paso mas para libertar á Berlin y á Dresde, se tendrian al punto cien mil prusianos, doscientos mil al cabo de algunas semanas, y que esta alianza arrancada á Napoleón, asegurada á Rusia é Inglaterra, acabaria de cambiar la faz de las cosas en Europa, y pondria en camino de la revolucion política postrera, de la mas decisiva, de la que desprendiera por fin á Austria de Francia para volverla á unir á la coalicion europea.

Todas estas aserciones eran mas verdaderas que las creian los entusiastas que las hacian cundir de boca en boca, mas verdaderas aun que las podia creer Alejandro, á quien se le repetian cotidianamente. Pero no se necesitaba que lo fueran tanto para arrastrarle: de sobra habia con el ruido, con el movimiento que se alzaba en torno de su persona, con las humaredas tan nuevas de la gloria en que se le embriagaba, con el título de rey de reyes que vibraba en sus oidos por todas partes, y sin otros motivos habia resuelto que se avanzara. No tuvo que andar Mr. de Knessebeck mucho camino para encontrarle, y le halló en marcha sobre el Vistula. ¿Qué habia de decirle? Nada que no supiera Ale-

jandro y ya no se le hubiera dicho; que, dando algunos pasos más, se le unirían Prusia y su monarca.

Alejandro empleó todo el mes de enero en dirigirse por Suwalki, Willenberg, Mlawa, Plock sobre el Vistula, caminando entre Polonia y la Vieja Prusia. Establecido en Plock del 5 al 9 de febrero, salió para Kalisch, no teniendo que atravesar mas que una distancia corta para hallarse en Breslau al lado de Federico Guillermo. Le habian seguido los guardias rusos y la reserva en número de unos diez y ocho mil hombres. Durante este tiempo, Wittgenstein á la derecha con el antiguo ejército del Dwina, precedido por algunos miles de cosacos, adelantóse sobre Custrin y Berlin á la cabeza de treinta y cuatro mil hombres, dejando detrás en observacion de Danzick y Thorn con diez y seis mil soldados al ejército de Moldavia. Disponiendo á la izquierda Miloradowitch, Doctoroff y Sacken de cuarenta mil hombres, encamináronse hácia Varsovia, y seguían lentamente al cuerpo austriaco, del cual sabian que estaba poco dispuesto á batirse, y muy impaciente por volver á entrar en Galitzia. A las dos columnas de la derecha y de la izquierda les estaba daba la orden de hacer punta de continuo hácia adelante, mientras, guiando el emperador Alejandro el centro, aguardaba la hora de entrar en Breslau para echarse á los brazos del rey de Prusia, y mientras el antiguo ejército de Moldavia, á cuyo frente habia reemplazado Barclai de Tolly al almirante Tchitchakoff, mantenía en respeto á las guarniciones del Vistula.

Rebasado el príncipe Eugenio á la izquierda por Thorn, á la derecha por Varsovia, no osando des-

guarnecer á Berlin para llamar á las tropas de Grenier á su lado, no tenia probabilidad alguna de mantenerse en Posen. Medio tuviera de ejecutarlo, si el príncipe de Schwarzenberg hubiera querido retirarse con Reynier y Poniatowski sobre Kalisch. Recibiendo así un refuerzo de cincuenta mil hombres, no temiendo en este caso debilitar un poco el cuerpo que guardaba á Berlin, para obrar en Posen algo de importancia, con setenta mil hombres pudiera hacer frente al centro ruso, y deteniendo el centro, detener á la par las alas. Pero el príncipe de Schwarzenberg, que tenia órdenes para no comprometerse, desde que su córte adoptó la política de mediacion á las claras, exponía al general Reynier y al príncipe Poniatowski la impotencia en que se hallaba para batirse, y además la inutilidad de ejecutarlo ahora en interés de las operaciones futuras, y les estrechaba á estar preparados á retrogradar mas todavía, pues ya no podía permanecer en Varsovia. Invitado á dirigirse á Kalisch, respondió que, teniendo sobre Cracovia, esto es hácia la Galitzia, sus depósitos, sus reclusas, sus almacenes, le era imposible tomar el camino de aquel punto, si bien cubriría á aquellos de sus compañeros de armas que creyeran conveniente maniobrar hácia tal lado. Noticioso de esto Reynier salió para Kalisch acto continuo, por fortuna anticipóse allí á los rusos, y se pudo librar de sus manos á fuerza de sostener muchos combates de retaguardia. Juntando Poniatowski á toda prisa cerca de quince mil polacos y dejando una guarnicion en Modlin, no pudo ganar el camino de Kalisch á tiempo, y vióse obligado á seguir al príncipe de Schwarzenberg sobre Cracovia, adonde se

habia retirado con los restos fugitivos del gobierno polaco.

Informado el príncipe Eugenio de todos estos movimientos, abrazó el partido de abandonar á Posen, y de dirigirse á Francfort sobre el Oder por el camino real de Meseritz. Al mismo tiempo ordenó á la antigua division de Lagrange, formando parte de las tropas destinados á la custodia de Berlin, que fuera á Francfort á su encuentro. Juntóse á ella con los diez mil hombres que le quedaban de todas clases, aumentados por la incorporacion de cierto número de soldados de la Guardia. No considerando mucho mas sostenible la posicion de Francfort que la de Posen, determinó trasladarse á Berlin, donde podia reunir con las tropas de Grenier cuarenta mil hombres, y mostrar mejor continente que aquel á que se hallaba reducido un mes habia. Mientras estaba en marcha, los corredores del ejército ruso á las órdenes de Tettenborn y de Czernicheff pasaron el Oder por Wrietzen, muy cerca de Berlin, asaltaron de improviso á un regimiento de caballería italiana del cuerpo del Grenier, lo destruyeron casi del todo, é hicieron estallar en Berlin una alegría desmesurada.

Saliendo entonces el general Grenier de Berlin con sus dos divisiones de infantería, rechazó á los corredores sobrado temerarios del ejército de Wittgenstein, y volvió á entrar en la capital de Prusia, despues de aminorar algun tanto la alegría de sus moradores. Si tomara delante de Berlin una posicion fuerte, y atrajera el cuerpo del general Lauriston á su lado, mucho mas hallándose ya una de sus divisiones en Magdeburgo, y mostrara la firme resolucion de venir á las manos, probable-

mente detuviera el príncipe Eugenio á los rusos; pero temeroso de provocar sucesos decisivos antes de que Napoleon llegara, viéndose rodeado de enemigos, no teniendo mas que dos mil y quinientos ginetes, expuesto frecuentemente á no poderse comunicar con Magdeburgo, por falta de tropas de á caballo, tomó el partido de venir á asentarse definitivamente junto al Elba, adonde además ya se habia visto obligado á replegarse el general Reynier de resulta del movimiento del centro de los rusos. De Berlin salió el 4 de marzo, despues de hacer que sus heridos, sus enfermos y su material evacuaran á Magdeburgo. Ya colocado á la cabeza de cuarenta mil hombres no tenia que temer que su prudencia y sus águilas llegaran á ser insultadas.

Al día siguiente se hallaba sobre el Elba, y terminaba esta larga retirada, comenzada en Moscou el 20 de octubre y señalada por tan extraños y prodigiosos desastres. Nada tenia de que acusarse el príncipe Eugenio desde que tomó el mando, á no ser de circunspeccion harto excesiva, y por otra parte habia prestado indisputables servicios. Todos los mariscales y los generales sin tropas, excepto Davout y Victor le habian abandonado. Envió al mariscal Davout á Dresde con la division de Lagrange, para recoger al general Reynier que volvia de Kalisch, y para defender los importantes puntos de Torgau y de la capital de Sajonia. Personalmente establecióse en Wittemberg con los diez mil hombres que fueron largo tiempo su único recurso, con las tropas del cuerpo de Grenier, y atrajo sobre Magdeburgo á las tropas del cuerpo de Lauriston, prontas á entrar en línea. Iba pues á tener ochenta mil hombres junto al Elba, muchas

grandes plazas en buen estado de defensa, y en esta línea ya no podia ser forzado.

Sin necesidad de decirlo se comprende la tumultuosa alegría que, al saber la evacuacion definitiva de Berlín estalló en toda Prusia. Mucho antes de la evacuacion esta, se enviaron al rey Federico Guillermo emisarios tras emisarios, primero al fogoso barón de Stein, despues á un alsaciano de mucha sutileza, el baron de Anstett, cuyo suelo nativo era francés ya hacia largo tiempo, luego á un oficial de crédito sumo entre los patriotas alemanes, el general Scharnhout y demostrósele de todas mañeras, por las razones morales, politicas y militares, que era menester echarse en brazos de Rusia. Se le dijo que Napoleon estaba vencido; que no podria volver á empezar la larga serie de sus victorias; que, cansada Europa de su yugo, se iba á alzar en masa; que Austria, para declararse, no aguardaba mas que la señal de Prusia; que Napoleon no resistiria á semejante muchedumbre de enemigos; que además, agotada y disgustada Francia no le proporcionaria recursos para efectuarlo; que de esta suerte se desembarazaria de su odiosa dominacion al mundo; que, no queriendo Rusia para sí propia, mas que lo que habia poseido antes, iba á restituir la porcion del ducado de Varsovia perteneciente á Prusia; que además la restituiria todas las partes de su territorio que reconquistara, y aun prometia no deponer las armas hasta que ayudara á Prusia á reconstituirse del todo. Esto era especialmente lo que podia decidir al rey Federico Guillermo, porque temia que viniese el desaliento despues de la pérdida de una batalla, y se le abandonara de nuevo á la venganza de Na-

oleon, como en Tilsit se le habia ya abandonado. Contrayendo el compromiso de no abandonarle, y de sostener una lucha á muerte, se efectuaba lo que debia ejercer mas influjo sobre sus resoluciones.

Ante todas estas razones, y todas estas promesas, y el entusiasmo de sus súbditos, rindióse al cabo, diciendo no obstante á cuantos le rodeaban que esto no debia ser cosa de arranque seguido de súbito desaliento como siete años antes, sino que, puesto que se deseaba la guerra, exigia que se hiciese hasta la extincion absoluta, prodigando por sustentarla el último escudo y el último hombre. De consiguiente autorizó á Mr. de Hardenberg para firmar el 28 de febrero un tratado, por el cual se comprometian Rusia á juntar ciento cincuenta mil hombres y ochenta mil Prusia, proponiéndose ambas potencias reunir mayor número muy en breve, á emplearlos contra Francia hasta que Prusia recibiese una constitucion mas conforme á su antigua existencia y al equilibrio de Europa, á no soltar las armas interin este objeto no se lograse, á hacer todos sus esfuerzos por atraer á la causa comun al Austria, á entrar concordés en tratos, y nunca la una sin la otra. Rusia se comprometia particularmente á emplear sus buenos oficios cerca de Inglaterra, para que concluyera un tratado de subsidios con Prusia.

Mientras contraian estos empeños, ni el rey ni Mr. de Hardenberg se habian atrevido á explicarse francamente con Mr. de Saint-Marsan, y era visible su embarazo ante este ministro de Francia. En el momento en que andaban en tratos, ya habia evacuado el ejército francés á Posen y á Francfort junto al Oder, y se aprestaba á salir de Berlín.

No inspiraba ya pues temores, y ofreciera poco peligro declarar ingenuamente que se aprovechaba la ocasion para rehacer la fortuna del pais propio, imprudentemente comprometida en otro tiempo. Pero por un lado Mr. de Hardenberg tenia talento de sobra para comprender que iba á jugar una partida muy azarosa para su patria, y por otro el rey tenia bastante memoria para abrigar igual convencimiento, y mientras el ejército francés no repasara el Elba, casi no osaban confesar lo que acababan de llevar á remate. Por su parte Mr. de Hardenberg sentíase tan conmovido que aun decia á Mr. de Saint-Marsan el dia 27, víspera de la firma del tratado con Rusia.—Pero haced algo por la Prusia, y nos salvareis de un cruel extremo.—Sinceridad acreditaba al expresarse de este modo, y en el instante de abrazar un partido, que podia ser extremadamente feliz ó extremadamente funesto para su patria, experimentaba las ansiedades de un buen ciudadano. El rey, cuyo carácter honrado no querriamos tachar lo mas leve, mostróse todavia menos ingénuo que su ministro, y valiéndose de una astucia poco digna de su persona, fingió irritacion suma con motivo de algunos actos recientes de que se acusaba á las tropas francesas. Véase cuáles eran estos actos. Napoleon habia prevenido que se pagase todo; pero, abusando de la situacion los prusianos, exigieron al general Mathieu Dumas, intendente del ejército, precios tales que no habia posibilidad de admitirlos. Para que se nos negaran víveres autorizaba el patriotismo, si bien no para que sobre su valor se nos hiciera pagar triple ó cuádruple suma. De consiguiente Napoleon anuló los ajustes, y dispuso que las plazas del Oder se

provisionaran como estuviera á su alcance, cogiendo en torno de ellas lo que fuera imposible adquirir comprado. No dejaron los gobernadores franceses de Stetin, de Custrin, de Glogau, de cumplirlo á la letra, y se apoderaron á algunas leguas á la redonda de ganados, granos, leñas, y de cuanto les hacia falta. Finalmente el príncipe Eugenio, alli donde dominaban sus tropas, impidió los alistamientos en masa, como evidente infraccion de los tratados que ligaban á Prusia respecto de Francia y limitaban la extension de sus armamentos. Verdaderamente, al lado de lo que estaba pasando durante veinte años de guerras encarnizadas, guerras provocadas en 1792 bien gratuitamente por Prusia, lo cual debia tener muy en la memoria, no constituian los tres hechos que acabán de ser citados un motivo formal que pudiera alegarse para la ruptura de una alianza. Mas sencillo y mas decoroso fuera decir que, vencidos y oprimidos por largo tiempo, se hallaba la ocasion de triunfar y de sacudir la coyunda, y se aprovechaba anhelosamente. Pero seamos justos á nuestro turno, y convengamos en que el oprimido tiene contra el opresor el derecho de la astucia. Pierde su dignidad al usarlo, pero no falta á nadie. Afectando Federico Guillermo el 28 de febrero, dia de la firma del tratado con Rusia, una irritacion que, si era sincera, provenia del miedo que experimentaba al abrazar un partido tan grave, exigió que se dirigiera á Mr. de Saint-Marsan una nota, donde perentoriamente y con intimacion de responder acto continuo, se nos pedia cuenta de los últimos actos imputados á los franceses. No pudiendo Mr. de Saint-Marsan responder por sí mismo, envió



la nota á Paris con un correo extraordinario.

Pero ya no se procedia á las calladas, ni habia posibilidad de hacerlo, y la alegría de los patriotas agolpados en Breslau, rodeando al monarca y felicitándole publicamente por su conducta, no dejaban la duda mas leve sobre la resolucion adoptada. Además una serie de providencias significativas del todo, vinieron á hacer casi oficial la ruptura con Francia. Dióse curso forzado de moneda al papel del Estado correspondiente á nuestros honores del Tesoro; se decretó la formacion de un grande ejército prusiano en Silesia, confiando el mando en gefe al ilustre general Blucher, que siempre habia manifestado el mas noble pesar de resultas de la servidumbre de su patria, y nombrando por gefe de estado mayor al general Scharnhorst, que habia contribuido mas que otro alguno á estimular al monarca: finalmente se dió por terminado en ventaja del general de York el proceso que se supuso formarle y que en realidad no empezó nunca, declarándosele inocente y reintegrándole en el mando de las tropas, cuya defeccion habia efectuado: llamados fueron los oficiales prusianos que, despues de la alianza con Francia, llevaron su patriotismo indignado á Rusia, como los generales Gneisenau y Clausewitz, y halagóseles con grados y se les colmó de recompensas.

Tras de tales manifestaciones no habia ya para que imponerse coaccion alguna, y asi la entrevista de los dos soberanos recientemente aliados tuvo lugar el 15 de marzo. Acompañado Alejandro de Mr. de Nesselrode y de una multitud de generales entró en la capital de la Silesia, y entre los aplausos del pueblo y las aclamaciones de las tropas,

arrojóse á los brazos del amigo sacrificado en Tilsit tiempos antes, y vuelto á hallar últimamente en el desastre de Moscou. Retenido en su cama por horribles dolores el fogoso y generoso baron de Stein, no se encontraba allí para presenciar un suceso que era obra suya. Tres dias fué la ciudad iluminada, y por lo demás cuidó el rey de que rodeara la casa de Mr. de Saint Marsan su propia guardia, á fin de preservarle de toda ofensa. Durante la permanencia de Alejandro en Breslau, Mr. de Hardenberg, que no habia cesado de guardar con Mr. de Saint-Marsan un silencio triste, pero tan expresivo que ya no era silencio, rompiólo el 17 de marzo, enviándole la declaracion de guerra á Francia, y despues de prodigarle toda clase de cumplimientos personales, dejó á su eleccion que partiera cuando fuese de su agrado.

Ocioso es afirmar que este suceso, aunque previsto, produjo inmenso efecto sobre Alemania y sobre Europa. Mas que nunca manifestaron los patriotas alemanes su júbilo y sus esperanzas. Segun ellos, Sajonia, Baviera, Wurtemberg, todos los principes, á quienes se llamaba esclavos nuestros, debian imitar la conducta de Prusia y tomar parte en la coaliccion general sin demora. Con el deseo de acelerar este resultado, los coroneles Czernicheff y Tettenborn, dejando al cuerpo de Wittgenstein el cuidado de seguir la retaguardia del principe Eugenio sobre Magdeburgo y Wittemberg, bajaron el Elba con sus cosacos, para ir á remanecer á la parte de Hamburgo, y procurar de acuerdo con las flotillas inglesas el levantamiento de aquellos franceses anséatas, que eran franceses á pesar suyo, y solo anhelaban la ocasion de dejar